

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 40.—1.º de Noviembre de 1871.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

LA INTERNACIONAL.

Discutan en buen hora los jurisconsultos y los políticos si esta temible asociacion es anti-legal ó anti-constitucional; escojiten los medios de conjurar los peligros que corren la religion, la familia y la propiedad; y quiera el cielo que los encuentren sin faltar á la justicia, y sobre todo sin acudir á la violencia.

A nosotros tambien nos espantan esos peligros; pero como ni nuestro carácter, ni nuestros hábitos, ni nuestra posicion nos llevan á buscar en las leyes y en los tribunales el remedio, y sin embargo quisiéramos hallar alguno, siquiera no sea completo ni directo, vamos á presentar modestamente á los políticos y á los jurisconsultos, el único ariete que hemos encontrado para combatir á la terrible fortaleza.

Nuestros habituales lectores lo habrán ya adivinado. La caridad.

Sí, la caridad: y no se rian los sábios, y no se burlen los políticos, y no se encojan de hombros los legisladores.

¡Ah! Si la caridad existiera tal cual nosotros la apetecemos, tal cual la sienten los que encuentran el mayor de los bienes en socorrer los males; si nuestras manos estrecharan con frecuencia las manos del obrero y del pobre; si viviéramos en frecuente contacto con las clases menesterosas; si vieran que estábamos siempre prontos á compadecer, y hasta donde posible fuera, á remediar sus males; si sintieran, en fin, que éramos sus hermanos, y que como á hermanos los mirábamos, los queríamos y los asistíamos, ¿sería tan vivo el odio del pobre al rico? ¿Sería tan cruda la lucha entre el trabajador y el capitalista? ¿Serian tan graves los peligros que corren las instituciones mas fundamentales de la sociedad? No por cierto.

No se crea que exajeramos; no se crea que presentamos la caridad como la panacea universal. Con ser tantas las ventajas, con ser

tan grande el poder de la caridad, no alcanzan á tanto. Pero ni el mal estar que aqueja al obrero sería tan penoso, ni el estímulo que hoy siente sería tan vivo, ni los medios que busca tan violentos, si entre ellos y nosotros no existiera una separacion tan absoluta.

Y cuando digo nosotros, hablo principalmente de la clase media, de esta clase que ha conmovido al mundo con sus escritos y sus discursos, en cuyo favor se han hecho las revoluciones, y que invocando siempre el nombre y los intereses del pueblo; no ha hecho, sin embargo, en su obsequio todo cuanto podia y debia hacer.

Sí, vivimos separados de los pobres. Mirad lo que sucede en Madrid. Ya los hemos alejado de nuestro lado. Antes al menos, muchos de ellos, aunque tocando con su cabeza las tejas de nuestra casa, vivian bajo el mismo techo que nosotros, y esta vecindad nos obligaba á conocer sus males, á compadecerlos y á socorrerlos; y ellos, los infelices, nos colmaban de bendiciones, y no nos envidiaban nuestros bienes, por muy pequeña que fuera la parte que les diéramos.

Ahora ya no: nuestras casas por regla general no son para ellos. Los unos relegados á los barrios que llamamos bajos, los otros poblando los de Chamberí y las Peñuelas, y las afueras todas de Madrid, viven de nosotros apartados. Y como no los buscamos, y como vivimos ocupados en nuestros negocios ó en nuestros placeres, como creemos haber hecho bastante en beneficio de los pobres si pagamos una cuota mensual á algun Asilo de Beneficencia, ¿qué han de sentir los pobres en su corazon cuando penetran en Madrid, y ven nuestras comodidades y nuestro lujo, que tan horrible contraste forman con sus privaciones y su miseria? ¿Se pretende que correspondan con amor á nuestra indiferencia? ¿Qué han de ver en nosotros? ¿Sus hermanos? ¿Lo somos de ellos por ventura?

¿Y es de estrañar que acojan con avidez las promesas de una suerte mejor, aunque vayan envueltas en el trastorno universal?

Si se invirtiera nuestra posicion, si de ricos nos convirtiéramos en pobres, ¿qué no haríamos, qué no intentaríamos por mejorar nuestra condicion!

Pues seamos justos; pues seamos caritativos. Y al dar este consejo, no nos mueve solo el amor al pobre, sino tambien el amor al rico, el amor á la sociedad. Es un consejo prudente, mas prudente que el egoismo mal entendido que cierra nuestros corazones á los clamores del pobre.

Lo que es esencialmente bueno, produce bienes que nadie ha podido imaginar, y nada es tan bueno como la caridad.

Acerquémonos al pobre, al obrero, al desvalido; tratémosle con

amor; procuremos darle pan cuando tenga hambre; tratémosle como hermano, y si no conjuramos todos los males con que nos amenaza la Internacional, habremos hecho al menos cuanto nos es posible para no merecerlos.

He aquí nuestro preservativo.

Contra la Internacional, la Caridad.

Un Suscriptor.

EL CODIGO DE LA MISERICORDIA.

Perdonar las injurias.

La mas difícil de las obras de misericordia es sin duda el perdón de las injurias; pero á la vez ¿quién negará que es de las mas sublimes y necesarias? Para que el reinado del amor brille en la tierra, preciso es perdonar. Sin perdón no hay amor verdadero. Sin perdón no hay tranquila, generosa y pacífica sociedad. Allí en donde el hombre anote con enojoso cuidado cada injuria, cada ofensa de las que recibe ó imagina recibir, para grabarla en su ánimo y resarcirse de ella con la correspondiente ó exuberante venganza que su odio le inspire, harás la vida difícil y angustiosa; porque habrá siempre abierta á los ojos una página de rencores, que no deje al pecho respirar con descanso, ni al espíritu elevarse libre del torcedor de la ira y del humo espeso de las negras pasiones.

¡La ira! ¡La enemiga declarada de la caridad! ¡Cuántos siglos hacia que triunfante se paseaba sobre la haz de nuestro globo, cuando fue predicado el Evangelio de paz! ¡Cuántas infracciones, cuánta corrupción ú olvido de aquel Decálogo santo, sancion suprema de la ley natural, en que hay mandamiento de honrar padre y madre, mandamiento de no matar, y mandamiento en fin de no hacer daño al prójimo, ni en su vida, ni en su honor, ni en sus bienes! ¡Y cuántos siglos hace que, desconocido con frecuencia ese Evangelio divino, la buena nueva de los hombres, tienen hombres y naciones por norma de su conducta, en ocasiones repetidas, lavar en sangre las afrentas, y vengar las injurias, bajo el imperio de la ley menguada de un falso honor, tan enemigo y distante de la gloria verdadera!

Si un caminante, viajando por el continente de Asia, por el Egipto, por la península helénica, por la grande Grecia y el resto de la vieja Europa, viese entre la arena los pocos restos que se han conservado de las ruinas de antiguas soberbias ciudades é incompa-

rables monumentos, expuestos á la contemplacion de las humanas generaciones, y sin haber registrado antes las páginas de la historia, conociendo solo por el eco poderoso de la fama los grandes nombres Babilonia, Ecbatana, Nínive, Jerusalén, Heliópolis, Menfis, Cartago, Troya, Esparta, Atenas, Roma, Numancia y tantos otros, diérase á meditar sobre la accion del tiempo (destructora en verdad) y lo instable y caduco de las humanas grandezas, acaso no sospechara que de tales estragos y devastaciones, era causa mas principal que el rodar de los siglos y el empuje y corrosion de los elementos, el *hierro* y el *fuego* ferozmente impulsados por la mano del hombre. Y sin embargo, nada mas cierto. Un soplo de ira y venganza abrasó la mayor parte de esas ciudades. Las catástrofes naturales que sepultaron á Pompeya y Herculano, harto menos se han repetido que los asaltos y saqueos á *sangre y fuego*. Y si se conociera y acumulase en una triste suma el número de víctimas que el odio particular ha inmolado por injurias ciertas, ó tal vez supuestas, veríamos al mundo cubierto de luto y desolacion por la horrible guerra entre hermanos, que llenaria á nuestros ojos los desdichados anales de la misera humanidad. Puédese bien decir que los arrasamientos y el esterminio de pueblo á pueblo, de ciudades á ciudades, de linajes á linajes y de individuos á individuos por la menor ofensa personal, eran en ciertas épocas de la historia la ley del mundo. Sapor, rey de Persia, reconcentrando todo el odio oriental contra los invasores romanos y contra los crueles y humillantes *triunfos*, con que ilustraban su sangrienta Via Sacra y soberbio Capitolio, tuvo la implacable y repugnante saña durante diez años, de hacer estribo para sus piés, cada vez que á caballo subia, del emperador Valeriano, á quien habia vencido y hecho prisionero. Y aquel anciano de 72 años de edad acabó los últimos de su vida en tan miserable condicion y oficio, sin que el oriental monarca se inquietara en pensar cuánto manchaba su triunfo con tan brutal contentamiento.

Compárense con esa figura histórica los millones de mártires sacrificados despóticamente por la bárbara fuerza de poderes orgullosos y feroces, que á ejemplo del divino Redentor, su Maestro, mueren bendiciendo á sus verdugos, y repitiendo aquellas palabras sublimes. «Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen,» desde los primeros apóstoles hasta el reciente mártir Monseñor Darboy, Arzobispo de París; y si á tal virtud y santidad no quiere llegarse en el coitejo, compárese tan solo con esa negra figura la de aquel héroe pagano, el invicto Scipion, al devolver en Cartago Nova la hermosa princesa, que como despojo de la victoria se le ofrecia, á su mismo rival y adversario el príncipe Alucion, su prometido; y dígase de

cuál parte está la grandeza, la elevacion y la generosa simpatía. El príncipe español comprendió toda la magnanimidad de aquel comportamiento; y el generoso vencedor, por haber sabido vencerse á sí mismo, y no pensar en vengar agravios ni injurias que de su enérgico enemigo recibido hubiera, tuvo ya para siempre en este un leal y poderoso aliado: que tal es el valor é influjo de las nobles virtudes, que cautivan el ánimo y avasallan los corazones, cuando en los hombres no está borrada, por un total embrutecimiento, la *imágen y semejanza de Dios*.

En la edad media, por la rudeza de la vida caballeresca y guerrera, fue regla, que aún hoy subsiste en parte, como al principio dijimos, lavar en sangre las afrentas. La tentacion de eso que almas pequeñas llaman dulce venganza, hace dar á muchos espíritus grandes caídas; porque, debemos repetirlo, una de las mas difíciles victorias del hombre sobre sí mismo es en verdad el *perdon de las injurias*. Pero también hay en cambio, sobre la frente del que perdona, una auréola sublime, que todos ven y respetan; que conmueve y fascina por natural instinto; y que se llama en el lenguaje de todo el mundo, grandeza de alma, nobleza de corazón, elevacion de sentimientos: á la vez que sobre el sañudo y vengativo cae densa sombra de ruindad é impureza, que causa la repulsion de los demás ánimos, y va atrayendo sobre el suyo la prevencion, la repugnancia y el desprecio universal. ¡Tan cierto es que de las máximas cristianas nace toda la civilizacion, la moral grandeza, la cohesion social, que hacen moverse al mundo hácia sus providenciales destinos! Si antes un genio superior, un Scipion, sentia la magnanimidad de una accion generosa, del perdon de las injurias, como otros genios, Platon y Ciceron, penetraban á través del politeismo en la grande idea de la unidad de Dios, hoy ese perdon es artículo de un *código* santo, promulgado á todos los pueblos; es ley que obliga á cuantos profesan la sublime doctrina y moral incomparable que Dios envió al mundo, en bien de las naciones, para levantar la humanidad á la region del espíritu, y unirla con los vínculos de la caridad por toda la redondez del orbe.

Carlos Maria Perier.

ESCUELA DE MÚSICA.

En el artículo 32 de esta Revista dimos á conocer los generosos esfuerzos hechos en Málaga para establecer una Academia filarmónica, que, entre otros objetos, costea una escuela gratuita de música; y llamamos la atencion sobre el pensamiento caritativo que en ello

se encierra, no solo porque se da á los artesanos y á los pobres una instruccion que puede serles productiva, sino porque el cultivo de la música contribuye á suavizar las costumbres del pueblo.

Recientemente hemos tenido ocasion de visitar esa escuela, y hemos quedado agradablemente sorprendidos de su excelente organizacion y de los adelantos de sus alumnos. Hay establecidas por ahora dos cátedras, una de violin y otra de solfeo y de canto, dirigidas gratuitamente por los dignos profesores D. Eduardo Ocon y Don Regino Martinez. A ellas acude un gran número de jóvenes, y hasta niños de 8 y 10 años; y tanto en el instrumento como en el canto hacen progresos admirables. El espectáculo de esos artesanos y de esos niños que pasan el dia trabajando, y luego ocupan las noches en la Academia, es bien interesante por cierto, y sería de desear verlo imitado en otras poblaciones.

Verdad es que para esto se necesita tener la fortuna, que ha tenido Málaga, de encontrar dos maestros como los Señores Ocon y Martinez, que se prestan á desempeñar esas cátedras sin el menor interés, y no de una manera ligera, sino empleando en ello el mismo afan y perseverancia que tendrian si se tratase de alumnos dadivosos ó de plazas bien retribuidas. Honroso es tener genio músico como ellos lo tienen, y ser además excelente compositor, como lo es el Señor Ocon; pero el aplicar ese genio y ese celo á la enseñanza gratuita de artesanos, pobres y niños, es contraer un mérito que sabrán apreciar dignamente todas las personas que lo sepan.

Enviamos, pues, á los Sócios de la Academia filarmónica de Málaga, y á los beneméritos profesores de sus cátedras, la expresion de nuestra simpatía y de nuestro aprecio, por el bien que unos y otros hacen á las clases pobres ó de escasos recursos. Hay en esto tanta ó mayor caridad que en la de un socorro material que dieran á gentes necesitadas.

Antonio Guerola.

PAGINAS DE UN POBRE (*).

(Conclusion.)

VIII.

No presumia yo, al escribir las líneas anteriores, que en breve iba á presenciar un ejemplo de la inestabilidad de la fortuna, pero ejemplo el mas desastroso que puede verse en el mundo.

(*) Véanse los núms. 35, 36 y 38 de esta *Revista*.

Esta tarde, al salir yo de mi casa, he visto á la puerta de otra muy lujosa, que está cerca de la mia, grupos de gente que hablaba con cierta animacion, y personas que entraban y salian en la misma casa con semblante muy alterado. La curiosidad me ha hecho acercarme; y habiendo encontrado allí á un conocido, me refirió el suceso que producía tal conmocion. En aquella casa vivía un rico banquero que acababa de suicidarse.

Yo le conocía de vista: algunas veces, al encontrarle en la calle, había hecho amargas comparaciones entre su suerte y la mia. Él era uno de los príncipes de la banca y de la bolsa; yo un pobre sin recursos: él tenía mujer y dos niños preciosos; yo vivo solo: él iba en coche; yo á pié: él, en fin, era considerado en la sociedad y pasaba por un favorito mimado de la suerte; yo soy un desdichado á quien nadie saluda, que á nadie interesa, y de quien nadie se ocupa para nada, desde que se fue mi bienhechor.

Por otra parte, mi vecino parecía gozar en toda su estension estas ventajas. Recuerdo que hace pocos días salía yo de mi casa, débil, abatido y convaleciente de mi enfermedad, y él de la suya en lujosa carretela descubierta, con su mujer y sus hijos. Alegre conversacion entretenía sin duda la familia, porque los niños reían, y él los miraba de un modo que me parecía revelar el contento de padre venturoso.

Aquel hombre, sin embargo, estaba hoy muerto, y por su propia mano. ¡Parecíame imposible!

Avido de emociones, quise verlo por mí mismo. Traté de penetrar en la casa, y tal era la confusion que en ella reinaba, que no repararon en mí; pude entrar sin gran dificultad y en una pieza lujosa del piso bajo encontré al desdichado banquero, tendido en el suelo, bañado en sangre, con la cabeza destrozada, y rodeado de parientes, amigos y criados.

¡Qué triste espectáculo! Aunque yo viviese cien años, creo que no lo olvidaría. Siempre es imponente la vista de un cadáver, despojo perecedero de una alma inmortal que lo ha abandonado; pero cuando no ha sido la muerte natural, sino violenta, por mano propia, y por mano de hombre rico y feliz, el espectáculo es algo mas que triste; es de una elocuencia conmovedora.

Lo que yo tenía ante mis ojos no era un suicida por exceso de miseria; ni un enfermo incapaz de soportar ya por mas tiempo sus padecimientos; ni un hombre sumido en un estúpido fastidio de la vida; ni un joven loco por la pasión amorosa. No; era un hombre rico, activo, en medio de una existencia fastuosa y animada, rodeado de tal cúmulo de goces, que debía sentir mucho la aproxima-

cion de la muerte, como término natural de ellos; persona, en fin, ayer envidiada por todos, y hoy inspirando á todos la mas profunda compasion.

¿Qué pudo producir, pues, esta catástrofe? No me fue difícil saberlo. Sin mas que escuchar en aquellos grupos de parientes desolados y de amigos, á quienes el dolor hacia locuaces hasta la imprudencia, no hubo ya secreto. El banquero habia hecho con mala suerte una enorme jugada á la bolsa, aplazada para fin de mes: llegado este plazo, hizo esfuerzos desesperados para reunir los fondos que necesitaba; le faltaron, se creyó perdido y deshonorado, no tuvo valor para sufrir esa pérdida y esa deshonra, se ofuscó su razon, y buscó el remedio en el revolver que estaba á su lado.

Pero no bastaba ver aquel cuadro y oír aquella triste historia. Habia en ella un detalle desgarrador, que la hacia mas deplorable. Con lágrimas amargas y con semblante profundamente contristado, un viejo dependiente de la casa referia allí á los amigos, que habia sido un arrebató injustificado; una desgracia por impaciencia de media hora. Momentos despues de caer cadáver, llegaba ese fiel servidor lleno de alborozo á decir á su gefe que providencialmente habia encontrado crédito y recursos bastantes para saldar aquella fatal jugada, y á disculpase de su tardanza, ocasionada por entorpecimientos casuales.

He abandonado afectado la casa. Ningun lazo especial me unia á aquel hombre ni á aquella familia; y sin embargo, llevaba mi espíritu contristado por lo que acababa de ver y de escuchar. He ido á las afueras de Madrid; me he sentado en un banco solitario, y he dado rienda suelta á tristes pero consoladoras reflexiones.

¿De qué le han servido al opulento sus riquezas, sus capitales, su grande crédito y su alta posicion? ¿Qué torturas debió pasar en los días ó en las horas que precedieron á su muerte! Convengo en que fue locura lamentable, falsa idea del honor y de la moral; pero no por eso serian menos horribles su pena y las angustias con que trataria de ocultarla. Tal vez ese día reciente en que yo le vi con su familia, la sonrisa de satisfaccion sería un fingimiento violento, que encubriria esas torturas horribles de quien conoce que rueda hácia un abismo, sin tener medios ni fuerzas para detenerse en su caída.

¡Ah! Bendita sea mi pobreza. Mientras yo dormia tranquilamente mis siete horas diarias, el pobre rico pasaria quizás sus noches en afanoso desvelo, haciendo cálculos desesperantes, cuentas aterradoras, y reflexiones de una ruina que se sentia incapaz de soportar. Mientras yo contemplaba desde mi ventana con ánimo sereno la tranquilidad del cielo y el bullicio de la tierra, él, olvidándose de cielo

y tierra, atenderia solo á sus compromisos y á su falta de recursos para cumplirlos; pediria remedio á su talento y á su experiencia, que no le dieron otro mas que una bala mortífera. Rico infeliz ¡cuánta lástima me inspira!

Si en esos dias de agonía que precedieron y prepararon su suicidio, la casualidad le hubiera hecho enconradizo conmigo; si su alma perturbada hubiera podido ponerse en comunicacion con la mia, apacible y tranquila, su riqueza con mi pobreza, su opulento bienestar con mi estrecha posicion, ¡cómo me hubiera envidiado! ¡Con cuánta sinceridad me hubiese dicho: «Dame la paz de espíritu á cambio de mis riquezas: troquemos tu pobreza resignada, con esta opulencia que me va á desesperar!»

Sí, indudablemente hubiera sido así, dadas nuestras respectivas situaciones. Pero él fue arrastrado por las circunstancias azarosas de la suya. No era un hombre malo; era un hombre imbuido de falsas ideas; rico por su desgracia; desgraciado por falta de sentimientos religiosos y morales y de una pobreza que le libertase de los cuidados y exigencias de la ambicion.....

Yo entre tanto sigo resignado en mi destino humilde sobre la tierra. Dios, que nada hace en vano, me ha deparado hoy este ejemplo aterrador, para hacerme ver prácticamente los inconvenientes de la riqueza, que todos desean; las ventajas de la pobreza, que á todos espanta.

¡Pobre banquero! ¡Quién hubiera podido compartir contigo mi boardilla, mi modestísima posicion, si junto con ellas hubiera podido comunicarte algo de la resignacion que me sostiene! No llorarían hoy tu viuda desolada y tus interesantes hijos el desamparo en que los dejas. ¡Familia desventurada!

¡Qué difícil es llevar bien una riqueza que tales catástrofes puede producir! ¡La pobreza está libre de ellas, porque tiene sometido todo deseo ambicioso por falta de objeto en que fundarlo!

En presencia del suicidio de ese rico, doy gracias á Dios porque me ha hecho pobre.

Antonio Guerola.

LA CUESTION SOCIAL.

CARTAS Á UN OBRERO.

Carta once.

Apreciable Juan: El estudio de las causas de la miseria nos conduce hoy á la insuficiente remuneracion del trabajo, cuestion grave, poderosa en algunos casos, que destila lágrimas siempre, y muchas veces sangre. *Vivir trabajando ó morir combatiendo*, decian los sublevados obreros de Lyon; pero la sangre de los que han muerto, no libertó de la miseria á los que han sobrevivido. Ni los vencidos, al espirar resolvieron el problema, ni los vencedores tampoco al darles sepultura; la artillería sofocó la rebelion; pero no aniquiló sus causas; y despues de restablecerse el orden como antes, la miseria dijo: aquí estoy, desesperada y amenazadora. Las cuestiones económicas no se ventilan á tiros; yerran los pueblos en sublevarse para resolverlas, y los Gobiernos en pensar que no resta que hacer nada cuando los han sujetado.

Dicen que los toros cierran los ojos para acometer; los pueblos hacen con frecuencia lo mismo, y desgarran el trapo que les ponen por delante, dejando ileso al causador de su daño. ¡Cuántas veces se acusa á una persona, á una ley, á una forma de Gobierno, de males que son efecto de hondas, múltiples y variadas causas! En la cuestion que nos ocupa, la de salarios, ¿á quién sueles acusar de su insuficiencia? Al maestro del taller, al dueño de la fábrica, al que con cualquier nombre adelanta el capital y paga el trabajo. Bien podrá ser que tenga una parte de la culpa, bien podrá ser que no tenga culpa alguna; de seguro no la tiene toda.

Primeramente, Juan, has de notar, que de los capitalistas industriales, como de los que van á América á hacer capital, se ven los que vuelven ricos, y no los que han sucumbido víctimas de las enfermedades endémicas. Te he dicho y te repito, que son muchos, muchísimos, los capitalistas que se arruinan en empresas industriales; y es ley económica y moral, que este riesgo se pague, que cobre su interés: tú prescindes de él. Primer error.

La mayoría de los capitalistas industriales, la gran mayoría, aun prescindiendo de los que se arruinan, no realiza grandes ganancias; viven, prosperan, pero no se hacen ópulentos: tú te imaginas que

todos son millonarios, porque se exajeran los bienes que se desean, y mas cuando á ellos creemos tener algun derecho. Segundo error.

El capitalista industrial no solo pone y arriesga su dinero, pone tambien su trabajo: tú te imaginas que vive en la holganza, porque no maneja una herramienta pesada. Tercer error.

El capitalista industrial, no solo trabaja, sino que su trabajo es inteligente: debe pagarse y se paga mas: tú prescindes de esta mayor y merecida remuneracion. Cuarto error.

Tú crees que los salarios pueden subirse mucho, sin que por eso dejen de tener una razonable ganancia los que los pagan. Quinto error.

Si los salarios subieran, no lo que pretenden los asalariados, sino mucho menos, las fábricas se cerrarian, cesarian las empresas industriales, porque producirian pérdidas en vez de ganancias: esta sería la regla con poquísimas escepciones. Aunque las ganancias del capitalista industrial fueran tan fabulosas como erróneamente supones, distribuidas entre centenares ó miles de obreros tocarian á casi nada; de manera que sin mejorar sensiblemente su situacion hoy, este aumento los dejaria sin trabajo mañana, porque ¿quién habia de anticipar capitales y poner trabajo inteligente sin el estímulo de una regular ganancia, ó con la seguridad de perder? Ya te he dicho que las cosas se han de poner en su lugar, y que el mercado, no es el de la abnegacion y el heroísmo. Y esto, no te figures que sucede por la maldad de los hombres, sino por la ley de las cosas. En los negocios, en las empresas, desde el momento en que se sustituyese al cálculo la abnegacion, se arruinaria el empresario, no habria empresa posible, ni progreso, ni civilizacion, ni otra cosa que miseria. El cálculo es pues una cosa necesaria, y por consiguiente justa; es bueno, como todas las facultades que hemos recibido de Dios; solo es malo cuando abusamos de él, convirtiéndole en un instrumento de ruina ajena, atropellando las leyes de equidad, sin otra mira que el provecho propio.

Volvamos á la insuficiencia de los salarios. Es preciso que te fijas bien en todas las consecuencias de que suban de una manera sensible. Trabajas en una fábrica de tejidos de algodón; echas tus cuentas (mejor ó peor echadas) de las ganancias que realiza el fabricante, y dices: —Puede darme 12 rs. mas cada semana. —Si solamente lo dijérais tú y los que á la misma labor que tú se dedican, tal vez la cosa sería hacedera en algunos casos; pero observa lo que va á suceder. Querrán aumento de salario:

Los que cultivan el algodón.

Los que lo recojen.

Los que lo conducen.

Los que hacen los carros en que ha de conducirse.

Los que hacen con él las operaciones que necesita para embarcarse en el estado en que le emplea tu fábrica.

Los marineros que tripulan el buque, y la multitud de operarios que han tomado parte en su construcción.

Los que cargan y descargan las pacas, y los carreteros que las conducen á su destino.

Los que extraen el hierro, los carreteros que le conducen, y la multitud de operarios que se necesitan para convertir el mineral en las prodijiosas máquinas, destinadas unas á comunicar fuerza, y otras á utilizarla.

Los que extraen el carbon.

Los que proporcionan los vegetales y minerales para blanquear y pintar las telas.

Los que hacen los dibujos, etc., etc., etc.

Suspendo la enumeracion por no hacerla mas pesada, sin decirte la mitad de los trabajadores cuyo salario influye en el precio de una vara de percal. Este precio aumentará cuando sea preciso pagar mas á los que contribuyen á formar el producto, es evidente, y tambien lo es que cuando el percal esté mas caro se venderá menos, que la fabricacion disminuirá con la venta, y que sobrarán una parte de los operarios, Consecuencia de la subida de salarios: disminucion de trabajo.

Pero los que fabrican telas de algodón no son los únicos necesitados ni deseosos de verse mejor retribuidos; acontece lo propio á todos los trabajadores; y cuando todos lo consigan, el aumento de precio que ha tenido la vara de percal, y por la misma razon, le tendrá la fanega de trigo, la arroba de aceite, el cuartillo de vino, la libra de carne, la pieza de paño, el par de zapatos, todos los productos, en fin, porque no hay ninguno de los que satisfacen verdaderas necesidades, cuyo valor no dependa del trabajo. Consecuencia de la subida de los salarios: aumentar el precio de todos los productos.

Ahora bien, ¿de qué te servirá, Juan, que te aumenten el jornal, si se aumenta en igual ó mayor proporcion el precio de todas las cosas que has de comprar con él?

Hay quien insiste en que el precio de los productos puede quedar el mismo aunque se aumente la retribucion de los productores. Es un error que se desvanece con reflexionar un poco sobre lo que pasa y ha pasado. Se inventa una máquina que lleva grandes ventajitas á la mano del hombre, para tejer lienzo por ejemplo. Segun la

opinion que combato, el lienzo no abaratará, sino que el fabricante ganará mas. Sucede, y ha sucedido siempre, todo lo contrario. El inventor de la máquina podrá enriquecerse, justo sería; por lo general, vive y muere pobre: los primeros que la adoptan se enriquecen tal vez, no es fuera de razon, pues han hecho mas justicia á la inteligencia y arriesgado su capital, realizando un pensamiento beneficioso para la sociedad. Pasada esta primera época, breve, las ventajas de la invencion son para los consumidores, no para los capitalistas; el génio, como el sol, brilla gratis para todos. En Inglaterra, donde primero y mas en grande se han empleado esos obreros poco costosos que se llaman máquinas, no es donde los capitalistas sacan mayor interés, al contrario, como hay muchos, se hacen pagar menos: lo que han hecho los ingleses con los adelantos de la mecánica, es vender mucho y muy barato, no sacar un gran rédito de sus capitales.

Esto que sucede en la Gran-Bretaña, ha sucedido en todas partes y siempre: en cuanto baja el coste de la produccion, baja el precio del producto; te lo repito, Juan, porque es una hermosa y consoladora ley económica: las ventajas de todos los progresos en las artes pasan á los consumidores, es decir, á la comunidad, y son gratuitos; el capitalista las utiliza, como uno de tantos, y en calidad de consumidor, no de otra manera. Si se inventa el modo de hacer los zapatos con menor coste, ten por seguro que costarán mas baratos, no que se sacará mayor interés del capital que en hacerlos se emplee.

Resulta de esto, que el precio de los productos es generalmente el mínimo posible, dadas las circunstancias en que se produce, y prescindiendo de las ganancias del comercio, con frecuencia mas exorbitantes que las de la industria. Si se aumenta el salario de la multitud de obreros que contribuyen mas ó menos directamente á la fabricacion de cualquier artículo, este subirá, y subirán todos cuando todos los jornales sean mas crecidos.

Hasta aquí te he hablado de los productos de las fábricas, y lo dicho puedes aplicarlo á los productos de la tierra. Los capitales empleados en ella hoy en España, no dan en muchos casos el 3 por 100; por regla general no pasan, ó pasan poco de este módico interés. ¿Cómo es posible aumentar el jornal del obrero del campo, sin que suban las primeras materias, y todos los artículos de primera necesidad? ¿Crees que el capitalista puede cercenar de aquel rédito, y mas cuando ve el muy crecido que se saca de otras especulaciones que no exigen trabajo ni inteligencia?

Ten pues como cosa cierta, Juan, que, por regla general, los sa-

larios no subirán armando tumultos ni organizando huelgas, y que si fuera posible que subieran, dadas las actuales circunstancias económicas, sería un mal, porque disminuiría el trabajo y subiría el precio de todos los artículos, haciendo ilusorio el aumento de jornal.

He usado de las salvedades de *generalmente, en la mayor parte de los casos*, porque no entiendo que en todos sea imposible el aumento de jornal: trataremos otro día de estas escepciones, ocupándonos de la regla hoy. La regla es, que todo tu esfuerzo debe dirigirse, no á que aumente el precio del salario, sino á que disminuya el de las cosas que se han de comprar con él. Dirás que es igual; para ti sí, pero hay la diferencia de que lo segundo es hacedero y lo primero suele ser imposible.

La carestía de los productos es efecto de muchas causas; apuntaré algunas.

Imperfeccion de los medios de producir.

Lo crecido de los impuestos.

Imperfeccion de los medios de comunicacion.

Trabas y derechos fiscales.

Muchos y caros intermedios entre el productor y el consumidor.

Pongamos por ejemplo los garbanzos. Yo soy propietario de una tierra; la abono mal, la aro mal, no la limpio; traigo la cosecha por mal camino, en un mal carro; la majo á palos. Resulta que la tierra me da poco, que su cultivo y la recoleccion me cuesta mucho; no puedo dar los garbanzos baratos.

Tengo que pagar una contribucion territorial enorme: aumento de precio.

Los garbanzos van al mercado por un mal camino, en un mal carro, y pagando un crecido porte: aumento de precio.

Al llegar al mercado, registro, estorsiones, pérdida de tiempo, nueva contribucion: aumento de precio.

Entre yo que produzco los garbanzos, y tú que los consumes, tres ó cuatro intermedios, comisionistas y mercaderes, que realizan ganancias no insignificantes: aumento de precio.

Si el cultivo fuera mas perfecto, los medios de comunicacion fáciles, los tributos moderados, los registros y derechos de puertas suprimidos, y te entendieras conmigo para que te mandase los garbanzos, sin costosos intermedios, su precio se reduciría hasta un punto que habia de parecerte increíble.

La perfeccion de la Agricultura ya sé que no depende de ti, pobre amigo mio; las otras causas de carestía, son poderosas, y difícil y lento hacerlas desaparecer; pero en este sentido es necesario

que trabajes, y en vez de prestar oídos á los que te hablen de dar á tu salario un aumento que no puede tener, espon con mucha moderación, pero con mucha constancia, la necesidad de reducir los impuestos, de quitar las trabas fiscales, y de mejorar los medios de comunicacion. En esto ultimo, Juan, tú y tus compañeros sois des-cuidadísimos; los caminos que se dejan á vuestro cargo, ó no se hacen, ó si os los dan hechos, los dejais deshacer, porque no os persuadís que un mal camino no solo es *incomodidad*, sino *carestia*.

Lo que mas pronto podrias hacer para disminuir el precio de los artículos, sería ponerte en comunicacion directa con los productores. No imaginas tú cuánto aumentan el precio de las cosas esos vendedores que te las dan al pormenor, y cuánto mas en pequeño, mas. Los comerciantes en grande sacan de su capital el seis, el diez, aunque sea el veinte por ciento al año, que seguramente no es poco; pero esos que te venden en los portales y por las calles, te llevan el cincuenta, el ochenta y hasta el ciento por ciento á la semana. No oigas, pues, hablar con indiferencia ó con prevencion de las *sociedades cooperativas*; reúnete con otros compañeros para comprar las cosas lo mas cerca posible del lugar en que se producen, y en la mayor cantidad á que vuestros medios alcancen: de esto he de hablarte otro dia mas despacio. El comercio es una cosa grande y útil, pero esa reventa innecesaria y exagerada, es una verdadera calamidad.

Mucho distan estos consejos caseros, de las grandes teorías de tus amigos los curanderos sociales; pero nota que no debemos desdeñar el estudio de las cosas que Dios no se ha desdeñado hacer; y como decia un artista, los detalles minuciosos dan á la obra perfeccion, y la *perfeccion* no es *un detalle*. Las ciencias sociales tienen que descender á pormenores, que no las rebajan sino en el concepto de la gente frívola; no reputan como ageno á ellas nada que puede interesar al hombre, y donde quiera que pueden desvanecer un error, evitan ó consuelan una desventura.

Para el poco espacio de que disponemos, esta carta va siendo demasiado larga; en otra continuaremos tratando de los salarios.

Concepcion Arenal.

Cuenta (1) de ingresos y gastos del tercer semestre de
LA VOZ DE LA CARIDAD.

CARGO.

	Rs. Cént.
Suscripciones cobradas del primer semestre.....	190,00
Id. id. del segundo semestre.....	1.100,00
Id. id. del tercer semestre.....	7.550,00
Venta de números sueltos.....	43,00
Limosnas recibidas.....	542,00
<i>Total.....</i>	<u>9.425,00</u>

DATA.

Impresion y papel de 12 números, índice, portada, circulares y prospectos que se reimprimieron.....	4.414,00
Comision de los libreros en Madrid (2).....	62,00
Id. al comisionado de la cobranza en las provincias donde no hay personas que por caridad nos hagan el favor de cobrar.....	115,84
Timbre, fajas y correo.....	390,80
Reparto y cobranza de Madrid.....	720,00
Al que lleva el periódico al correo.....	48,00
<i>Suman los gastos.....</i>	<u>5.750,64</u>
Limosnas dadas á domicilio (3).....	3.674,36
<i>Total igual al cargo.....</i>	<u>9.425,00</u>

(1) No se ha publicado antes por falta de espacio.

(2) La casa de Aguado sigue admitiendo suscripciones gratuitamente, por lo que le damos de nuevo las gracias.

(3) Confiando en que se recaudará lo suficiente para cubrir gastos, hemos distribuido todo el sobrante del tercer semestre.